

La febbre dei fossili

Pedro de Angelis y el carácter transaccional de la ciencia*



Irina Podgorny

CONICET

Resumen

Este trabajo analiza la circulación de huesos, mapas y documentos coloniales en las primeras décadas del siglo XIX para describir aquello que denominamos el “carácter transaccional de la ciencia”: es decir, la serie de transacciones comerciales, los agentes y las dinámicas en las que se anudan las prácticas científicas ligadas a la historia y a la anatomía comparada. Después de la disolución de la burocracia colonial española, y en ausencia de un nuevo Estado, esos objetos se convirtieron en mercancías que circularon entre anticuarios y comerciantes especializados en historia natural, hecho que los constituyó, en primer lugar, en objetos de existencia controversial. Situación que, además, se reflejó en las prácticas intelectuales relacionadas con el comercio y circulación de huesos, en particular en lo que denomino el “carácter transaccional” de la empresa científica. Transacciones que incluyeron la venta de la autoría intelectual de los descubrimientos de los huesos, la disposición en esqueletos completos y su clasificación. Por último, se hace referencia a los protocolos de observación y de registro utilizados por los diferentes departamentos de la administración estatal que contribuyeron a crear una matriz que azarosamente se incorporaría a las prácticas de una nueva disciplina: la paleontología.

Palabras clave

Pedro de Angelis
Mamíferos fósiles
Mapas coloniales

Abstract

This paper reconstructs the circuits in which data, information, and bones were exchanged as objects of transactions that linked the European and South American worlds, demonstrating how the scientific endeavors cannot be separated from the commerce of local products. It looks at the agents and the dynamics of the mobilization of these objects. After the dissolution of the Spanish colonial bureaucracy and in the absence of a new State, these things became goods of trade to circulate among antiquaries and dealers in natural history, generating new objects of inquiry of controversial existence. Second, it reflects on the intellectual practices linked to the trade and circulation of bones, especially what I call the “transactional character” of the scientific enterprise. Transactions included the selling of intellectual authorship

Key words

Pedro de Angelis
Fossil mammals
Colonial maps

* Agradecimiento: Este trabajo fue finalizado gracias a la ayuda de Julia Tarsten durante una estadía en el Internationales Kolleg für Kulturtechnikforschung und Medienphilosophie (IKKM), Bauhaus-Universität Weimar.

of the discovery of the bones, their arrangement into complete skeletons, and their classification. Finally, it argues that the protocols for observing and recording employed by different bureaucratic departments of state administration contributed to create a matrix that would be fortuitously incorporated into the practices of the new discipline of paleontology.

Resumo

O artigo trabalha as transações que nas primeiras décadas do século XIX articularam-se em torno ao comércio de ossos fósseis e dos mapas feitos pelo Real Corpo de Engenheiros vinculando os mundos europeu e americano. Tenta demonstrar a íntima relação entre o comércio e as empresas científicas ao analisar os agentes e as dinâmicas dessas transações. Trata, aliás, das práticas intelectuais atingidas nesse comércio e circulação de mapas e ossos, que aqui chamamos de “carácter transnacional da ciência”. As transações incluem a venda da autoria intelectual da descoberta dos ossos, sua arrumação em esqueletos completos e a sua classificação. Também fazemos referência aos protocolos de observação e de registro que incorporam-se de maneira fortuita às disciplinas que surgem por causa desse comércio, i.e a paleontologia.

Palavras-chave

Pedro de Angelis
Mamíferos fósseis
Mapas coloniais

Introducción

Las prácticas de la arqueología, de la historia y de la paleontología comparten el problema del carácter fragmentario de la evidencia. Gracias a Arnaldo Momigliano y al énfasis que la historia de las ciencias y del arte han puesto en la cultura material y visual, se va cerrando aquel abismo que separaba el trabajo con los objetos –propio de las ciencias naturales– del trabajo con los textos –propio de las “humanidades”–. Hoy pocos dudan que las disciplinas históricas han emergido en el ir y venir entre las palabras, las imágenes y las cosas. Martin Rudwick, entre otros, nos ha recordado el carácter filológico de esas disciplinas hoy tan ajenas a las letras como, por ejemplo, la anatomía comparada. Hasta bien entrado el siglo XIX, la definición de una especie animal implicaba la descripción de sus características físicas, pero también el estudio de sus nombres en distintas tradiciones e idiomas, la lectura y la comparación de las autoridades en historia natural. En ese sentido, las prácticas intelectuales de los zoólogos y los médicos poco se diferencian de las de los eruditos de los textos. En sentido opuesto, algunos historiadores se atreven a describir la obra de Carlyle como una “articulación paleontológica” de la historia refiriéndose con ello a la empresa de componer “totalidades” a pesar de la conciencia del carácter incompleto de los vestigios del pasado (Momigliano, 1950; Ulrich, 2006; Rudwick, 2007).

Estas disciplinas surgen, asimismo, con otro rasgo en común: el deseo de completar la totalidad mediante la recopilación de esos restos “desperdigados” por el paso del tiempo o por la diversidad con la que se manifiestan los fenómenos del mundo (Pomian, 1987). Sea bajo la forma de cuerpos documentales, de colecciones de mapas, huesos o antigüedades, reunidos en los espacios de la biblioteca, el archivo o el museo, la acumulación de estos objetos y papeles comporta, asimismo, otros aspectos que matizan la idea de una historia de esos espacios pensada solo en términos de incremento. Por un lado, las colecciones implican acumulación pero también desmantelamiento: para reunir los objetos, primero deben desarmarse los “todos” preexistentes (por ejemplo, las colecciones realizadas con otros fines). Segundo, que ese proceso está ligado a transacciones comerciales que, aunque mucho más estudiadas en el mercado del arte, también rigen en los dominios de la historia o de la historia natural.

Este trabajo muestra algunas de las transacciones que, en las primeras décadas del siglo XIX, se armaron en el Río de la Plata alrededor de los testimonios del pasado, en particular, aquellas centradas en los huesos de mamíferos fósiles. Pedro de Angelis, protagonista del artículo, estableció un fluido intercambio con los conservadores de los museos y colecciones de Londres a quienes intentaba venderles sus hallazgos. Para poder colocar las entidades animales que iba creando, recurrió a una amplia panoplia de saberes, resultantes de sus itinerarios americanos y europeos. Los fósiles de De Angelis ayudan a revelar el carácter contingente del armado de un animal así como el carácter de obra humana de estos esqueletos. Lejos de ser “cosas halladas en la naturaleza”, esconden el trabajo de un anticuario que impulsa imágenes, objetos y textos para tratar de ordenar sus efectos en un repertorio de novedades y mercancías.

Pedro de Angelis, sus socios y concurrentes, deseosos de asegurarse la prioridad intelectual y la novedad comercial de los secretos guardados en los antiguos dominios españoles, se lanzaron al mercado de antigüedades y documentos propagando el saber de la antigua administración colonial en función de las nuevas disciplinas e intereses del siglo XIX. Los emprendimientos del polígrafo napolitano Pietro de Angelis muestran cómo el comercio de papeles, antigüedades y osamentas fósiles compuso un modo de vida y se tornó un motor fundamental para el estudio de las peculiaridades del Plata. En este sentido, sugerimos leer las páginas que siguen como un ensayo sobre la constitución del saber en América. Finalmente, unas pocas palabras sobre las fuentes: además de la copiosa correspondencia entre Pedro de Angelis y el ingeniero-arquitecto Carlo Zucchi (depositada en el Archivio di Stato di Regio Emilia y editada por su antiguo director Gino Badini) y de otras fuentes primarias archivadas en Londres y Buenos Aires, el trabajo abunda en detalles tomados de la bibliografía secundaria (Badini, 1999; Aliata y Munilla Lacasa, 1998; Aliata, 2004; Schiaffino, 1940; Mañé Garzón, 1989; Sabor, 1995; Becú y Torre Revello, 1941; Myers, 1995). La insistencia en esos pormenores forma parte de un estilo deliberado para contar esta historia, en la que, como en los huesos fósiles, cada fragmento puede tener sentido.

Independencia, funcionarios y archivos: un empresario de la supervivencia en América

La independencia de las nuevas repúblicas en las primeras décadas del siglo XIX genera una situación que hasta ahora ha sido poco estudiada: la supervivencia de los archivos burocráticos coloniales durante la revolución, la guerra y la organización nacional. En esos años, muchos funcionarios de la corona permanecieron en América y se transformaron, según la feliz expresión acuñada por Jorge Gelman para el ingeniero Pedro Andrés García, en “funcionarios en busca del Estado” (1997). Destino similar al de algunos de los médicos del protomedicato o el de los llamados curas ilustrados, los pilotos, los ingenieros geógrafos del Real Cuerpo de Ingenieros o, simplemente, el de los empleados, es decir, aquellas personas que como trabajo producían papeles y legajos y que, por distintas razones, decidieron permanecer en el Plata.¹

En el interin, sin Estado, sin príncipe, muchos de los legajos coloniales empezaron a circular sujetos a las reglas del comercio y la inversión privada.² Como ha señalado Jorge Cañizares-Esguerra, la dispersión de esos documentos con posterioridad a la caída y disolución del Imperio español determinará la práctica de la anticuaría y la escritura de la historia americanas (2002). Al mismo tiempo, los nuevos gobiernos del Plata, Nueva España, Nueva Granada o Perú reclutaron en Europa a futuros funcionarios o publicistas para la conformación de un nuevo cuerpo técnico. Sin embargo, a su arribo, no siempre encontraban a las autoridades que los habían convocado y los contratos eran ignorados. De esa manera, los recién llegados y los viejos

1. Sobre la estructuración del Real Cuerpo de Ingenieros en el Río de la Plata, cf. Martín *et al.* (1976). Ver también Capel *et al.* (1988). Sobre la estructura de la burocracia, ver González Beltrán (2005); Socolow (1987); Carrasco Canals (1975).

2. Cf. Fauvet-Berthelot *et al.* (2007); Podgorny (2011a; 2011b; 2011c).

funcionarios compartían, con éxito diverso, la larga búsqueda de un Estado que los acogiera como cuerpo de la administración. Sea como aliados o como competencia, ambos grupos trataron de sobrevivir gracias a su saber. Los primeros rápidamente descubrieron que los antiguos empleados virreinales o sus herederos conservaban colecciones de objetos, mapas y manuscritos que, gracias a un creciente interés científico, político y editorial, adquirirían un alto valor comercial en Europa.

Así, en 1827 llegaba a Buenos Aires, procedente de París, el napolitano Pietro de Angelis, antiguo preceptor de los hijos del rey Murat y seguidor de la nueva ciencia de Vico. Muy pronto, De Angelis se halló sin trabajo a raíz de la disolución del gobierno de Rivadavia. Sobrevivió como periodista, tipógrafo, educador, propagandista y archivero del gobernador Juan Manuel de Rosas.³ Al llegar al Río de la Plata, conocería al círculo de sacerdotes ilustrados que se dedicaba a la política y a coleccionar objetos de historia natural, libros, manuscritos de los jesuitas y vocabularios indígenas (Di Stefano, 2004; Podgorny, 2007a). Entre los más renombrados, Saturnino Segurola, Dámaso Antonio Larrañaga y Bartolomé Doroteo Muñoz habían logrado combinar sus intereses en la flora, la fauna y los minerales locales con las observaciones meteorológicas, la promoción de las bibliotecas públicas, la vacuna y el mejoramiento de la agricultura (Algorta Camusso, 1922; Beck, 1931; Podgorny y Lopes, 2008). De esta confluencia de prácticas, acontecimientos históricos y pasión coleccionista resultaron varios cuerpos documentales que, como de Angelis entrevió, posibilitaban escribir una historia de la ocupación española de los territorios ahora argentinos. Estos sacerdotes habían tenido acceso a los archivos de los jesuitas, la Iglesia y las supervivientes instituciones coloniales, y atesoraban los conocimientos y las prácticas necesarias para leerlos y transcribirlos. Asimismo, articulaban una sociabilidad ligada a sus colecciones recibiendo la visita de los naturalistas locales o viajeros, como Friedrich Sellow, Auguste Saint-Hilaire, Aimé Bonpland, Fitz-Roy o John Mawe (Bell, 2010; Lopes y Varela, 2010; Podgorny, 2013). De Angelis, asimismo, se contactó con las familias y viudas de los pilotos y geógrafos de la administración colonial, residentes en Buenos Aires y en Montevideo, y guardó las copias u originales de los mapas y descripciones del país con la esperanza de poder venderlos a buen precio (Becú y Torre Revello, 1941; Sabor, 1995). En esas casas se alojaban las claves y las rutas para adentrarse en el interior argentino, los contornos de la costa atlántica y las rutas hacia el Chaco, Chiquitos, Moxos y Paraguay. Como en Nueva España, la ruptura del orden colonial relajó los controles sobre el secreto y la integridad de los documentos, asegurada por la administración transatlántica española (Achim, 2010; Podgorny, 2007b). Los pilotos, ingenieros y dibujantes se encontraron en posesión de objetos que empezaban a cobrar cada vez mayor relevancia para el desarrollo del comercio con América del Sur (García y Podgorny, 2013; García, 2010).

En 1836 De Angelis empezó a publicar la “Recopilación de leyes y decretos promulgados en Buenos Aires” y la *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata*, que incluyó los documentos y manuscritos que, desde aproximadamente 1830, venía recolectando en los depósitos de los archivos públicos, los departamentos topográficos de Buenos Aires y Montevideo y en las colecciones del padre Saturnino Segurola, de Joaquín José de Araujo y de las familias de los ingenieros militares (cf. Becú y Torre Revello, 1941; Sabor, 1995).⁴ Estos textos generaron más de un entuerto y más de una acusación de robo, extravío o maltrato de los papeles (cf. Sabor, 1995; Badini, 1999). A pesar de todo ello, De Angelis, un verdadero empresario de la supervivencia en América, armó una colección que se transformaría en el centro de la historia del Río de la Plata (Becú y Torre Revello, 1941; Crespo, 2008).

Por otra parte, el matrimonio compuesto por Livia y Carlo Zucchi (1789-1849) había llegado al Río de la Plata junto a De Angelis, su esposa Mélanie Dayer y la familia

3. Cf. Becú y Torre Revello (1941); Sabor (1995); Myers (1995). Sobre la ficción de un De Angelis “viquiano”, ver Sazbón (1993).

4. El Departamento topográfico de Buenos Aires era una repartición que fue creada después de la Revolución de Mayo con el objeto de reglamentar y controlar la mensura de tierras, llevar el registro topográfico y encargarse de la traza de pueblos y ciudades. Durante el gobierno de Rosas actuaron en el Departamento José María Cabrer, Juan María Gutiérrez y José Álvarez de Arenales (Alta y Zucchi, 2004: 202-204). Cuando De Angelis llegó a Buenos Aires, el gobierno de la Provincia poseía dos archivos que mantenía separados: uno en el Fuerte; el otro, el Archivo General de la Provincia creado en agosto de 1821 y que se instaló en el antiguo edificio del Tribunal de Cuentas, en la llamada Manzana de las Luces, a un centenar de metros de la Plaza de Mayo (cf. Sabor, 1995: 87-88). La iniciativa de establecer un Archivo General se había dado en el marco de la liquidación de las estructuras políticas de la década de la Revolución y la búsqueda de un nuevo orden administrativo y jurisdiccional (Romero, 1976). Como consecuencia, quedaron en disponibilidad numerosos fondos documentales de las instituciones eliminadas —como el Cabildo—, necesarios para la continuidad de la administración (Buchbinder, 1996; Sabor, 1995). Las guerras civiles oscurecerían esta iniciativa: el archivo y el Museo Público, establecido en fecha similar, seguirían funcionando de manera aún poco estudiada (Podgorny y Lopes, 2008).

de Joaquín Mora y Araujo, el periodista español contratado con De Angelis para el establecimiento de dos periódicos en Buenos Aires (Sabor, 1995; Badini, 1999). Todos quedaron varados en Montevideo por los sucesos políticos que los recibían, hasta que, a pedido de los damnificados, Rivadavia intervino y pudieron trasladarse a la orilla occidental del río. Entre 1829 y 1836, Zucchi se desempeñó como arquitecto en Buenos Aires y luego pasó a Montevideo (Aliata, 2004; Badini, 1999), separado de su esposa, quien permaneció en la capital argentina. Hasta su muerte, ofició de intermediario de los negocios de su antiguo compañero de viaje. Ambos armaron una suerte de sociedad que unió las dos ciudades durante casi una década. La compra y venta de libros, papel, fósiles, planos, mapas, monedas, recados o carruajes, la reparación de instrumentos científicos, el reclamo de deudas, la negociación de precios, el pago de la renta de Livia y el lamento por el destino sudamericano, estimularon distintas estrategias de comunicación y crearon un flujo constante de cartas y objetos embalados de todas las maneras posibles. Para sortear el bloqueo francés a Buenos Aires, la censura política o las incertidumbres en el envío de materiales de alto valor monetario, muy pocas veces recurrieron al correo. Se apoyaban en emisarios de confianza que cruzaban el río de manera frecuente o en el correo diplomático, facilitado por la amistad o los negocios de De Angelis con los cónsules. Estos canales permitían, además, que las expresiones críticas o las cuestiones delicadas saltaran por encima de cualquier tipo de vigilancia. Así, durante el bloqueo francés, la correspondencia se dirigió a la dirección del cónsul sardo Henri Picolet d'Hermon. Gracias a los barcos que seguían cruzando el río a pesar del bloqueo francés (1838 y 1840-1841), se creaba un medio seguro de intercambio.⁵ El consulado inglés en Montevideo, por intervención del cónsul en Buenos Aires John Henry Mandeville, también estuvo dispuesto a recibir en consigna las cartas y paquetes de De Angelis y para él hacia Europa y desde ella. De esta manera, más allá del enrarecimiento en las comunicaciones, continuaron enviando y recibiendo noticias y encomiendas.

Esa vinculación con los cónsules no era nueva: Woodbine Parish, primer cónsul británico en Buenos Aires, se había interesado por el trabajo de De Angelis como editor de documentos coloniales y reseñó sus publicaciones ante la Geological Society en 1837. Mientras Parish estuvo en Buenos Aires (1825-1832), visitó con frecuencia la colección de Segurola, donde, además de hacer copiar por amanuenses los manuscritos jesuitas compilados por el cura, encontró el cráneo de *Megatherium* que luego llevaría a Londres. A través del cónsul, De Angelis se pondría en contacto con William Clift y Richard Owen del Royal College of Surgeons y recibiría en retorno los libros con los avances en la anatomía comparada de los años de la restauración. De esta manera, gracias al comercio de mapas y osamentas, el editor y tipógrafo Pietro de Angelis sería uno de los primeros lectores sudamericanos de las observaciones geológicas y zoológicas de Darwin.

De Angelis permaneció durante muchos años en contacto comercial con Inglaterra comprando y también ofertando sus propias publicaciones, huesos de animales antediluvianos y la posibilidad de actuar como proveedor de fósiles. Hasta su muerte en 1849, Zucchi, por su parte, intercedió para tratar de recuperar el saldo por la venta de restos de varios animales que De Angelis hiciera a su “compatriota y amigo”, Francis de Pallesieux Falconnet (?-1861)⁶, agente de la Baring Brothers en Buenos Aires (1842-1845), quien al regresar a Londres los vendería a los fideicomisarios del Museo Británico (Owen, 1861: 83). Muy pocos recuerdan que la negociación de la deuda de Buenos Aires fue realizada por agentes que dejaron compromisos impagos por las osamentas de las pampas.

De Angelis, como es sabido, emprendió una maraña de negocios buscando interesados en el exterior y tendiendo una amplia red de proveedores para obtener materiales para

5. En las cartas aparecen mencionados, entre otros, la goleta Agustina, la Rosa, el Nuevo-Relámpago, la corbeta inglesa Calíope y la corbeta brasileña Bertioga. El vapor inglés llegaba una vez por mes y unía, además, ambos puertos del Plata.

6. Los Falconnet –una familia suiza– habían sido los banqueros de confianza de la corte de Murat en Nápoles, de donde muy probablemente De Angelis los conociera. La misión de Buenos Aires fue la primera que Francis Falconnet realizó para Baring Brothers, con quien estaba en contacto desde 1830 por sus negocios bancarios en Nápoles. Sobre las deudas de Falconnet con Parish, ver las cartas publicadas en Badini (1999: 263-270), fechadas entre 1846 y 1849.

acumular, vender o editar. Lo guiaban dos manías que se retroalimentaban: por un lado, el afán de descubrimiento o, en sus palabras, “la fiebre de fósiles y documentos”, y, por otro, la posibilidad de resultados monetarios y simbólicos.

Osamentas

En el transcurso de sus negociaciones para acceder a los documentos coloniales, De Angelis se interesó por los fósiles coleccionados por Dámaso Larrañaga en la Banda Oriental, en particular por los huesos que había visto cuando el vicario le había permitido visitar su colección, probablemente a fines de 1826, antes de pasar a Buenos Aires. Para entonces, conocía la importancia de las colecciones de anatomía comparada en el museo de historia natural de París y del lugar de Georges Cuvier en la Francia de los inicios del siglo XIX, a quien, en mayo de 1831, le enviaría regalos y noticias de Bonpland, alojado durante un tiempo en su casa de Buenos Aires (Sabor, 1995: 65, 68; Bell, 2010; Cordier, 1910: 476).

Seis años después, en 1837, le encomendaba a Zucchi que intercediera para obtener algunas petrificaciones del río Uruguay o del Negro almacenadas en la casa-museo del vicario. Bonpland, que trataba a Larrañaga desde 1817 vendiéndole libros y aconsejándolo, le había sugerido que enviara un dibujo de sus fósiles a Cuvier, pero que conservara los huesos para su país. En 1821, Larrañaga, a través de Saint-Hilaire, mandaría a París una carta, origen de un debate sobre la anatomía acorazada del megaterio que duró casi veinte años. En ese marco, en abril de 1837, Frédéric Cuvier, hermano del estudioso muerto en 1832 y también devoto de la historia natural, había solicitado a De Angelis algún trozo de las petrificaciones uruguayas. Este se esperaba: dada la ceguera y edad de Larrañaga, probablemente el viejo hubiese perdido interés en “los escombros” que había juntado durante toda su vida y sospechara que sus herederos, no sabiendo qué hacer con ellos, a su muerte, los tiraran al mar. De Angelis reflexionaba: antes que en el fondo del río, es mejor que terminen en buenas manos y que su nombre se inmortalice en el museo de París. Envidiaba la facilidad de Larrañaga para obtener objetos de historia natural gracias a la red de feligreses y frailes que, desde distintos puntos del país, le remitían cosas al presbítero, quien: “tiene muchísimas piezas para sustituir aquello que da: es Vicario de N.S., representante de la Santa Sede, prelado, administrador y obispo, le basta pronunciar una palabra, dar una bendición para que la tierra le abra sus tesoros”. Además, los Larrañaga se dedicaban al comercio con el interior de la Banda Oriental y, gracias a ello, el vicario recibía –sin pagar nada por ello– bichos, minerales y plantas de distintos puntos del país. Zucchi, sin embargo, no pudo convencerlo de regalarle o venderle los fósiles, percatándose de que sería más fácil arrancarle su propio pellejo. “Que se quede con sus huesos y sea enterrado con ellos” –refunfuñaba de Angelis– al ver arruinado el intento de enviarle a Cuvier las muestras de una colección que, en esos años, estaba en boca de todos los anatomistas que estudiaban las afinidades del megaterio.⁷

7. De Angelis a Zucchi, 6 de mayo, 11 de abril, 8 de julio, 21 de julio de 1837, en Badini (1999).

Muy poco después, estas colecciones encontrarían un destino menos trágico que el presagiado: el 4 de septiembre de 1837, Carlos Anaya, presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, designaba a Teodoro Vilardebó miembro de la Comisión de Biblioteca y Museo Público de Montevideo, decreto por el cual se facultaba la erección de un Museo de Historia Natural (Schiaffino, 1940: 60). Vilardebó, nacido en Montevideo en una familia de comerciantes, de padre catalán y madre rioplatense, había residido de niño en el Brasil y estudiado medicina en París a fines de la década de 1820. De regreso en Montevideo en 1833, se dedicó a la higiene pública y, como De Angelis, a coleccionar los objetos que hacían furor en Europa: osamentas fósiles, documentos de los antiguos archivos coloniales y mapas de los territorios de las

nuevas repúblicas. Vilardebó, gracias a la fortuna familiar, invirtió parte de su dinero en armar colecciones para la reventa comprando gran parte de las colecciones del napolitano. Pero mientras De Angelis las colocaba en Londres, Vilardebó aprovechó los contactos de su familia con los comerciantes de Río de Janeiro y los propios con el museo de Historia Natural de París. De esa manera, las colecciones de Pedro de Angelis llegarían también a Francia.

Casi en paralelo, la Comisión del Museo le encomendaba a Vilardebó y a Bernardo Berro –sobrino de Larrañaga y futuro presidente de la república– la misión de trasladarse al arroyo Pedernal, en las afueras de Montevideo, para reconocer y recoger los fósiles aparecidos en ese paraje. Los acompañaría Arsène Isabelle, agregado del consulado francés e interesado en la historia natural. El 9 de diciembre de 1837 realizaron la excursión sobre la que informarían en la prensa unos meses después. El detallado informe, publicado en *El Universal* de Montevideo en marzo de 1838, adjudicaba el terreno al período postdiluviano. Los fósiles del Pedernal se integraron al museo, al que fueron llegando piezas de la colección de Larrañaga, sobre todo las que correspondían al famoso “megaterio acorazado”.

Por entonces, De Angelis reconocía que sus conocimientos en este campo se limitaban a distinguir los restos de un animal de grandes dimensiones de los de un animal pequeño, comparándolo con la habilidad de “reconocer una gran horma de parmeciano de unos quesos holandeses”.⁸

8. De Angelis a Zucchi, 20 de junio de 1837, Badini (1999).

Muy probablemente, el intercambio de 1837 entre Zucchi, Larrañaga y De Angelis despertó en el tercero una posibilidad entrevista pero aún no explotada: la venta de huesos de la pampa. En efecto, antes había intentado adquirir las osamentas halladas en las estancias de Rosas y de Hilario Sosa en la zona del río Salado. Sabía, además, que Parish había invertido bastante dinero en su recuperación. En 1832, los diarios de Buenos Aires reseñaban las discusiones que estos esqueletos habían generado en Londres cuatro meses después del debate en la Royal Geological Society.⁹ Por su parte, el presbítero Segurola –antiguo dueño del cráneo del megaterio consular– recibiría un ejemplar del trabajo publicado por Clift en 1835,¹⁰ que circuló entre los coleccionistas del Plata difundiendo la lámina del esqueleto de Londres. No debe descartarse que la lámina y el texto alimentaran, junto con la reseña publicada poco después por Juan María Gutiérrez en *Museo Americano*, de César Bacle, la fiebre fosilífera de todos aquellos que estaban dispuestos a lograr fama y dinero con los productos de las pampas (Gutiérrez, 1835-1836).¹¹ Gutiérrez ilustraba su artículo reemplazando el croquis de la conferencia de Clift y el publicado en las lecciones de geología de L. Demerson (1830) por el boceto hecho por un dibujante del Real Cuerpo de Artilleros en 1787, cuando el grandioso esqueleto había sido descubierto en Luján. Copias de esta lámina circulaban en el Plata entre los sacerdotes ilustrados de ambas orillas por lo menos desde los inicios del nuevo siglo. Gutiérrez, por su parte, adjudicaba el armado original del esqueleto a varios individuos instruidos y capaces.¹² Entre ellos, el coleccionista, político y periodista don José Joaquín de Araujo (1762-1835), entre cuyos papeles seguramente se guardaba otra copia de la lámina del megaterio que Gutiérrez atribuía al brigadier José Custodio de Sá y Faría († 1792), otro depositario de antiguos manuscritos, ingeniero portugués de las dos demarcaciones y de intensa actividad en el Río de la Plata. Gutiérrez, de acuerdo con el credo de la nueva generación afirmaba:

... no nos hemos querido valer de grabados europeos que hemos visto del mismo esqueleto, por conservar la memoria del dibujo que fue hecho en Buenos Ayres, que aunque tiene algunos defectos que notaría un artista, es sin embargo exactísimo en la representación de las formas que es lo esencial y verdaderamente útil.

9. “Historia Natural”, en *La Gaceta Mercantil*, 10 de octubre de 1832.

10. Cf. “Inventario de los documentos de la donación Segurola recibidos por el Director de la Biblioteca Nacional”, en *Revista de la Biblioteca Nacional*, 4, 1940, 21.

11. Sobre Bacle, ver Buonocore (1944) y Trostiné (1953).

12. Trelles (1882), sin embargo, lo adjudica a otro dibujante.

El dibujo de Clift no se hundía en el pasado colonial, pero tenía el invaluable valor de indicar las partes faltantes del esqueleto londinense como instrucción visual de los elementos requeridos para completarlo y tentadora invitación a hacerlo (Podgorny y Lopes, 2008; Podgorny, 2007a).

Por ello, no llama la atención que en abril de 1838, poco después de la publicación del informe sobre el fósil del Pedernal en Montevideo, De Angelis le solicitara a Zucchi el envío de los números del *Universal* con la relación sobre los huesos de “no sé qué animal, descubierto en Pando” y el panfleto de Vilardebó “sobre la mulita”. De Angelis se estaba “ocupando de un pequeño trabajo sobre ese argumento” y había procurado en Entre Ríos huesos de una dimensión sorprendente. En mayo insistía: necesitaba dos copias del *Universal* porque la primera había llegado algo arruinada y quería enviar un juego a Europa.¹³ Muy probablemente fue a través de esta vía que Parish y Clift recibieron la noticia que Richard Owen adjuntaría en su memoria de 1839 en la que creó la especie *Glyptodon clavipes* (Owen, 1861).

13. De Angelis a Zucchi, 24 de abril, 3 de mayo y 19 de mayo de 1838, en Badini (1999: 98).

14. Cf. Chiaramonte (1991). La Casa de Saboya reconoció la independencia argentina en 1837, luego de Portugal, Inglaterra y Francia.

15. De Angelis a Zucchi, en Badini (1999: 229). Cf. García y Podgorny (2013).

Todo esto ocurría poco antes de que Charles Griffith, el nuevo cónsul británico en Buenos Aires, notificara a Parish –ahora en Nápoles– el hallazgo de un megaterio y de un animal con coraza por parte de Nicolás Descalzi (1801-1857),¹⁴ piloto genovés y topógrafo de la expedición de Rosas al río Negro, a quien De Angelis consideraba el “difamador más grande de Buenos Aires”.¹⁵ Sabor, por su lado, se refiere a una carta de Juan María Gutiérrez en la que este relata que Descalzi buscaba huesos por la recompensa ofrecida por Picolet d’Hermillon y de Angelis (1995: 91). Dado el carácter pendenciero del piloto y las pocas pulgas de De Angelis, no es de extrañar que esta sociedad durara poco y que este optara por encargar la búsqueda a comisionados menos autónomos, como aquel que apenas sabía leer y escribir y le mandaba elefantes desde el río Carcarañá (Sabor, 1995). Aunque la red de trabajadores y los sitios de hallazgo de los fósiles de De Angelis aún no se conocen, esta carta da indicios de cómo usaba los documentos que coleccionaba también para mejorar sus emprendimientos antediluvianos: entre los papeles de Segurola, de Angelis –y Parish– habían dado con la obra del médico jesuita Thomas Falkner, en la que se mencionaba que en aquel río de Santa Fe era normal la presencia de restos de gigantes. Publicando y estudiando los trabajos del siglo XVIII, los llevó al universo científico del siglo XIX sirviéndose de ellos con un sentido práctico y comercial: un texto histórico servía para encontrar huesos vendibles en Inglaterra.

Los cargamentos de fósiles, en ese sentido, esconden innumerables capas de trabajo y de tradiciones que desaparecen una vez estabilizados o montados en forma de esqueleto. Al ser identificados con un nombre de una entidad natural, pierden su carácter de obra humana. Transformándose en un espécimen tipo de un animal extinguido, ocultan la dinámica de la circulación de las láminas, los textos y los huesos en un mundo mucho más comunicado y complejo de lo que estamos acostumbrados a pensar. Las cartas, los periódicos y las publicaciones nos hablan de redes de comunicación muy veloces, que pueden hacerse más lentas en algunos momentos y circunstancias, pero que no impiden que las cosas, los dibujos y las palabras crucen con eficiencia y en todas direcciones los océanos, el Río de la Plata y las pampas. Como muestran las exhumaciones de los dibujos del megaterio y de las noticias de Falkner, los fósiles también circulan a través del trabajo de exhumación de documentos y manuscritos depositados en las colecciones particulares.

En ese frenesí de envíos, Griffiths, en pleno bloqueo francés, le escribiría a Parish contándole de los hallazgos de Descalzi y la compulsa establecida con el cónsul sardo,¹⁶ que buscaba sin cesar presentes para Carlo Alberto, rey de Cerdeña, duque de Saboya y Génova y príncipe del Piamonte. Se había decidido por uno muy especial: en un canal de una corriente ya seca, frente a la estancia de Rosas,

16. “Copy of an extract of a letter from Mr. Griffiths H. M. Consul at Buenos Aires, a Sir Woodbine Parish, Buenos Ayres, 12 Nov. 1838”, NHM (The Natural History Museum Archives, Londres).

en la cuenca del Matanzas, Descalzi había hallado un esqueleto de megaterio mayor que el anteriormente enviado a Londres. Descalzi dio con la pelvis faltante en este último y atesoró, además, una mandíbula de “algún otro monstruo”. Griffiths se había acercado a la casa del genovés y se había maravillado con los restos y su precio: pedían 2000 mil dólares de plata por cada esqueleto.¹⁷ Pero Picolet ya había comprometido a Descalzi a ofrecérselos al rey: como el padre del piloto vivía en Génova –agregaba Griffiths– “is under some obligation to Him”. El cónsul reportaba que, en un riacho en Cañuelas, a unos cinco pies de profundidad, Descalzi había encontrado los restos de un ser de más de ocho pies ingleses de largo y tres pies de ancho. De esta bestia, Londres recibiría un diente y un esquema hecho por Descalzi, al que luego Clift le agregaría cuatro patas, traídas por Parish y que se dudaba que pertenecieran al megaterio. Según el dibujo, se trataba de un enorme cuadrúpedo blindado.¹⁸ Owen lo llamaría *Glyptodon* y para ganar la prioridad en la descripción de un nuevo género fósil pampeano, lo insertaría con hojas suplementarias en el volumen de Parish para que apareciera con fecha de 1838.¹⁹

De Angelis, así como antes de leer *El Universal* se había enterado del hallazgo de “una mulita”, estaba al tanto de los hallazgos y negocios de Descalzi. O quizás, como decía Gutiérrez, hasta los había promovido. Los buscadores de huesos se espiaban y no hay que descartar que sus peones o agentes participaran también de ese juego. Las pampas eran grandes, pero no sabían guardar los secretos. Los aquejados por la fiebre fosilífera quizás creyeran que podían ocultar sus hallazgos, olvidando que los compradores europeos pertenecían a instituciones que también se espiaban entre ellas, compulsando ofertas y usando esa información para bajar los precios (Sloan, 1997; Podgorny, 2001). No olvidemos que el mismo De Angelis le avisó a Cuvier de los envíos de Parish antes de que se discutieran en Londres. Y aunque los locales promovieran el tópico de la incomprensión local para asegurarse la exclusividad de las ventas, con sus acciones lograron despertar una actividad económica muy bien comprendida por todas las capas de la sociedad: peones, gobernadores, cónsules, curas, bibliotecarios, periodistas, almirantes, arquitectos y médicos, letrados y no tanto, lejos de reírse de esta excentricidad, trataron, con distinta suerte, de ingresar en el negocio de los huesos.

Del gliptodonte de Descalzi, a Londres solo había llegado un diente. Por eso, en 1840, antes de finalizar el bloqueo, Pedro de Angelis envió a Londres la promesa de entregar un gliptodonte completo a cambio de una fuerte suma en esterlinas. Desafiaba el amor propio de los ingleses mencionando el interés concurrente de un museo o coleccionista norteamericano, una estrategia propia del mercado de fósiles y antigüedades para incrementar el interés en estos objetos, frecuentes en los riachos de Buenos Aires y Santa Fe, pero escasos en las colecciones del Atlántico norte.

Sin embargo, la abundancia de huesos en el mercado o de oferentes podrían arruinar las ganancias. Así, De Angelis, al negociar con Londres, insistía en la confidencialidad de las transacciones: “a condition, *sine qua non* of all these engagements is, to say nothing of it in public; for I live in a country where the soubriquet of ‘Dealer in old bones’ would cover any man, even were he a Cuvier, with ridicule”.²⁰ Tras muchas idas y vueltas, el College of Surgeons se decidiría: el 12 de agosto de 1841, De Angelis entregaba nueve cajas repletas con huesos, marcadas “C.S.” a los señores Nicholson, Green & Co., comerciantes con Buenos Aires, para que las embarcaran en una nave inglesa hacia Londres. Las cajas llegarían en diciembre de 1841 pero aún en 1842 Parish, instalado como cónsul en Nápoles, se quejaría con sus colegas londinenses: “These Glyptodons seem to be in no hurry to be exhibited in European Society. They must be funny fellows”.²¹ El gliptodonte había arribado sin su carcasa.

17. Es decir, pesos o piastras.

18. “Notice of an extinct Quadruped found in a fossil state in the month of September last in the Province of Buenos Ayres in South America by Mr. Owen. Dec 1838. Accompanied by a drawing representing the Extinct Animal as it appeared when found and section of the teeth, one of which has been received”, NHM.

19. Parish (1839). Ver Podgorny (2013). Muy probablemente, Clift y Owen supieran de la mulita de Vilardebó, de los hallazgos de Peter Lund en Brasil y de los intentos de Eduard d’Alton por ganar esa prioridad.

20. “Translation of a letter from M. Pierre de Angelis to W. Clift, respecting the *Glyptodon* and *Mylodon* by R. Owen, received November 1841 from Buenos Aires”, datada 12 de agosto de 1841. LMSS Cli, BRN 3122 9, NHM.

21. Parish a Owen, Nápoles, 20 de julio de 1842, NHM.

22. De Angelis a Zucchi, 17 de noviembre y 22 de diciembre de 1841, en Badini (1999).

Los esqueletos enviados procedían de la localidad de Salto, en el norte de la provincia de Buenos Aires. Para transportarlos, había que calcular y afrontar el costo de doce cajones, de la carreta para cargarlas desde el campo hasta Salto, de los peones y la balandra que los llevaría por el río Salto hasta el Río de la Plata y, de allí, a Buenos Aires. Las comunicaciones entre la ciudad y el campo eran más lentas de lo que el comercio de huesos hubiese deseado. Y aunque los retrasos incomodaban a los ingleses y franceses, los locales sabían que faltaban los hombres y los animales, ocupados en otras cuestiones de las cuales los primeros no eran ajenos. La “cáscara”, demorada en el campo, a pesar de todas las precauciones ensayadas, llegó en piezas o discos difíciles de reunir. Recurriendo a telas empapadas en brea y alquitrán, De Angelis intentaría armar un caparazón como el que había visto en el dibujo de Descalzi y prometía enviarlo armado ni bien se le presentara la ocasión. El 22 de diciembre, finalmente, estuvo listo para cruzar el Río de la Plata.²² En este envío, las piezas faltantes de *Glyptodon* fueron compensadas por restos de *Mylodon* y la proposición de actuar como comisionado del College durante dos años recibiendo 100 libras por mes (Podgorny, 2012). De Angelis anhelaba también “el honor de pertenecer a la Geological Society como miembro corresponsal”, membresía que ya había obtenido de la Sociedad Geográfica.

23. De Angelis a Clift, Buenos Aires, 12 de agosto 1841, “Translation of a letter respecting the *Glyptodon* and *Mylodon* by R. Owen, received November 1841”, NHM, LMSS C11 BRN 31229.

Una vez desembalados los fragmentos, Owen y sus asistentes admirarían el desarrollo de su propia obra. En las sucesivas monografías de Richard Owen, definitivamente coronado como el Cuvier británico, De Angelis y sus negocios quedarían como una mera nota al pie de página a pesar de ser el autor de la composición de los esqueletos. En esos dos años invertidos en la actividad fosilífera, había dado con tres gliptodontes, un *Megalonyx* y un gigantesco animal innominado, combinando saberes para armar y componer esqueletos y animales. De Angelis inventó no solo una técnica para que la coraza de gliptodonte no se rompiera al ser extraída de la tierra, se las ingenió para enseñar cómo reconstruirla una vez atravesado el Atlántico. Como les explicaba a sus clientes: hubo que sacrificar cuatro especímenes de gliptodonte para poder enviar uno y medio. Asimismo mandaba, en gran cantidad, “tesserae” sueltas, procedentes de otros caparazones, para ayudar en la restauración: “The restoration can be affected as is done in the case of separate ancient mosaics. The thickest disks belong to the upper part of the Shell where the rosettes are strongest marked. They gradually diminish to the borders of the Carapace”.²³

De Angelis numeraba las piezas y adjuntaba un dibujo en el que indicaba cómo ordenarlas a la hora de montarlas de manera tridimensional. Como ha estudiado Bruno Latour, los objetos pueden transformarse en científicos mientras sobrevivan –como móviles inmutables– el traslado en el espacio (1986). En ese sentido, Pedro de Angelis –pensando con los ojos, las manos y el bolsillo– fue el verdadero factótum de la anatomía del gliptodonte.

24. “Pompeii”, *The Library of Entertaining Knowledge*, 2, 1832, 10.

La comparación con la reconstrucción de un mosaico distaba de ser una mera metáfora: por el contrario, conocía bien los trabajos emprendidos en Pompeya y Herculano durante el reinado de Murat. En 1808, este había hecho pavimentar los pisos de la Sociedad Real Napolitana, albergada en el edificio del Museo Borbónico, con algunos de los mosaicos extraídos de las ruinas (Milanese, 1998). El traslado de los mosaicos hacia la Accademia Ercolanese y los museos requirió el estudio de las antiguas técnicas y la creación de nuevos medios para moverlos sin desintegrarlos en el intento. De esta manera, anticuarios e ingenieros trabajaron juntos para analizar las mezclas y el cemento que mantenía juntas las piezas que componían el mosaico o “tesserae”. Siguiendo a Plinio, recurrieron a diversas mezclas de materiales mencionadas en las antiguas fuentes,²⁴ pero por otra parte, apelaron a los planos y dibujos realizados por los ingenieros militares borbónicos en el siglo XVIII y que se podían encontrar en los archivos de Nápoles (Pisapia, 2002).

Para transportar la cáscara de gliptodonte, Pedro de Angelis recurrió a los procedimientos y materiales que había visto utilizar a los arquitectos de Murat. Sabía que los pisos modernos se pavimentaban con los mosaicos antiguos agregando “tesserae” de otros mosaicos u otras de confección reciente para, de esta manera, poder completar la superficie a decorar. Así como en Nápoles los objetos de la antigüedad se adaptaban a un fin práctico y a los espacios de los edificios modernos, Pedro de Angelis modelaba los esqueletos como para poder exhibirlos en un museo moderno. Su gliptodonte reunía –como los mosaicos del museo napolitano– las *tesserae* de especímenes diferentes. No solo eso: la palabra *tesserae*, usada por Plinio y los anticuarios de Nápoles para designar las piezas de los mosaicos, pasó a nombrar los elementos que componían la coraza del monstruo pampeano. Pompeya y Herculano, sin quererlo, les daban forma a los animales de las pampas.

Esa remesa con la coraza llevaba, además, seis especies de fósiles desconocidos –por lo tanto, más valiosos que el megaterio y el gliptodonte–, la cabeza de un reptil tecodonte y una segunda de un milodonte, tan bien conservada que parecía que lo habían matado en la víspera. La mención a los tecodontes mostraba los conocimientos que había logrado en anatomía comparada y paleontología: no hacía mucho, Owen los había descrito en sus memorias sobre los reptiles de Gran Bretaña. También mencionaba las patas de un animal colosal que tenían la misma forma que la mano humana, mandíbulas, dientes de especies nuevas y la cola de una bestia desconocida. De Angelis se preguntaba si no habría dado con el renombrado “hombre fósil” y creía que la exhibición de estos restos en Europa despertaría gran admiración y derrumbaría las teorías formuladas sobre los fósiles del Río de la Plata en las descripciones de Clift, D’Alton, Pander y Owen.

Sin embargo, estaba dispuesto a cederlos –renunciando al honor del descubrimiento– por 2000 patacones, lo que muestra la relación entre la autoría del descubrimiento, la creación de un objeto y una transacción comercial. Vender, para De Angelis, significaba renunciar a su posesión y a la posibilidad de asociar un fósil, un mapa, un manuscrito a su nombre. Al venderlos, ofertaba la gloria que él perdía y le ponía precio. Sin dudas, no invertía en fósiles para obtener esa cosa tan esquiva y difícil de conservar: su gasto en libros, excavaciones y embalajes, además de entretenirlo, perseguía la cruda realidad del dinero.

De Angelis, que hasta 1837 solo podía clasificar los huesos por su tamaño, había adquirido la habilidad para distinguir las características genéricas y específicas. No se trataba de un saber surgido de la mera observación, de los ojos desnudos frente al objeto, sino de haber entrenado su mirada comparando láminas, mandándolas hacer, encargando libros en Inglaterra, leyendo informes de sus coterráneos y llevando la sensibilidad visual que tenía en el campo de las antigüedades, la tipografía y los mapas, a la observación de las láminas y de los objetos que surgían de la tierra. Como buen editor, entendía que el esfuerzo tipográfico con que se habían publicado en Inglaterra las láminas de los fósiles recolectados por Darwin hablaba de su valor científico y monetario. De Angelis, a través de estas transacciones, adquirió un conocimiento de la anatomía comparada con el que pocos podían rivalizar en el Plata y del que los anatomistas ingleses terminarían asombrándose. Descubrir huesos y determinar su rareza se transformó en otra de sus manías, fuente de gastos, inversiones y esperanza de ganancias que le permitieran continuar con la edición de la historia del Río de la Plata para, finalmente, regresar a Europa con el bolsillo lleno gracias a la gloria de las letras.

Y aunque manejó sus negocios como una operación comercial, sin resentimientos, los años dorados de su fiebre fosilífera están marcados por la zozobra que caracteriza la primera mitad de la década de 1840:

... en América no saben qué hacer con [los huesos] y aunque tuvieran entre las manos el esqueleto de Adán, ni siquiera lo mirarían. Los americanos son más positivos que los europeos y aquello que sirve solo para entretener el espíritu, para ellos no tiene valor. Y hacen bien: *vanitas vanitatum*.²⁵

25. De Angelis a Zucchi, 14 de junio de 1842, en Badini (1999: 208).

Su sentido del humor, su pesimismo y su cultura unían la futilidad de los empeños humanos con la crudeza de los esqueletos pampeanos que, a fin de cuentas, no dejaban de mostrar el destino final de todos los seres vivos. La desazón de estos extranjeros, a quienes el siglo XIX había arrojado al confín rioplatense, crecía frente a los gigantes que se instalaban en sus casas generando gastos y pocas recompensas. Los fósiles, como buena y sólida mercancía, sin embargo, no permanecerían quietos: salieron a circular por el mundo hasta desembarcar en distintas colecciones, en las que perderían ese carácter de bien de intercambio para empezar a aparecer como objetos naturales, cerca de la ficción del espíritu y lejos de la realidad del dinero.

Los coleccionistas del Plata supieron anudar los circuitos del honor y del comercio para sobrevivir en estas tierras ricas en monstruos. Los diversos actores intercambiaron datos y objetos, las más de las veces en forma de transacciones comerciales. El dinero movía los papeles, pero también las pasiones y la desesperanza.

26. De Angelis a Zucchi, 15 de noviembre de 1836, en Badini (1999: 66).

De Angelis reconoció que en esa tarea se interponían tres tipos de dificultades: el patriotismo, el interés y disparates de diversa índole.²⁶ Esos disparates se relacionan con el proceso de creación de la autoría a través de convenios o contratos en los que el adquirente negociaba también los derechos para publicar con su nombre el objeto que compraba. La colección, a fin de cuentas, no era más que una reunión de objetos procedentes de distintos tipos de transacciones que se identifican con el comprador, pero no con quien provee las piezas. Muchos de los contemporáneos rioplatenses de De Angelis coleccionaban papeles escritos por otros para transformarlos en su obra histórico-literaria. Por eso, no llama la atención que a las acusaciones de “ladrón de documentos oficiales” respondiera con frases que recordaban que nadie estaba limpio de pecado (cf. Sabor, 1995): en el Río de la Plata, más de un caballero procuraba apropiarse del trabajo de los muertos o de los burócratas de la colonia. “Descubrir” y publicar un objeto de la antigüedad, de los tiempos geológicos remotos o de la colonia, no necesariamente implicaba un trabajo intelectual realizado con manos y ojos propios, salvo que por esto se entiendan los usados en la firma y redacción del contrato de compraventa. Lejos del tópico del aislamiento, de la invisibilidad internacional de estos personajes y de la periferia, los coleccionistas del Río de la Plata no solo se las ingeniaron para comprar y vender libros y documentos en las circunstancias más diversas: todos, sin importar la nacionalidad, supieron reconocer que el saber poco valía si no se transformaba en objeto de jugosas transacciones comerciales.

Bibliografía

- » Achim, M. (2010). “Setenta pájaros africanos por antigüedades mexicanas: canjes de objetos y formación del Museo Nacional de México (1825-1867)”. En *L’Ordinaire latino-américain*, 212, 13-32.
- » Algorta Camusso, R. (1922). *El padre Dámaso Antonio Larrañaga. Apuntes para su Biografía*. Montevideo.
- » Aliata, F. (2004). “Zucchi, Carlo” y “Departamento Topográfico”. En Liernur, J. F., Aliata, F., *Diccionario de arquitectura en la Argentina: estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades*. Buenos Aires, Clarín.
- » Aliata, F., Munilla Lacasa, M. L. (1998). *Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata: actas del coloquio*. Buenos Aires, Eudeba.
- » Badini, G. (1999). *Lettere dai due mondi. Pietro De Angelis e altri corrispondenti di Carlo Zucchi*. Reggio Emilia.
- » Beck, E. (1931). “Un benemérito de las ciencias en el Río de la Plata. Bartolomé Doroteo Muñoz (1831-1931)”. En *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*, 5, 52-90.
- » Becú, T., Torre Revello, J. (1941). *La colección de documentos de Pedro de Angelis y el diario de Diego de Alvear*. Buenos Aires, Peuser.
- » Bell, S. (2010). *A life in shadow: Aimé Bonpland in Southern South America, 1817-1858*. Palo Alto, Stanford University Press.
- » Buchbinder, P. (1996). “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”. En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Serie 3, 13, 59-82.
- » Buonocore, D. (1944). *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires, El Ateneo.
- » Cañizares-Esguerra, J. (2002). *How to write the history of the New World: histories, epistemologies, and identities in the eighteenth-century Atlantic World*. Stanford, Stanford University Press.
- » Capel, H., Sánchez, J., Moncada, O. (1988). *De Palas a Minerva. La formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el siglo XVIII*. Barcelona, Serbal-CSIC.
- » Carrasco Canals, C. (1975). *La burocracia en la España del siglo XIX*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local.
- » Chiaramonte, J. C. (1991). *Mercaderes del Litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX*. Buenos Aires, FCE.
- » Cordier, H. (1910). “Papiers inédits du naturalista Aimé Bonpland conservés à Buenos Aires”. En *Comptes-rendus des séances de l’Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, 54 (6), 476.
- » Crespo, H. (2008). “El erudito coleccionista y los orígenes del americanismo”. En Myers, J. (ed.), *La ciudad letrada de la conquista al modernismo*, en Altamirano, C. (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*. 1, pp. 290-311. Buenos Aires, Katz.
- » Demerson, L. (1830). *La géologie enseignée en vingt-deux leçons, ou Histoire naturelle du globe*.

- » Di Stéfano, R. (2004). *El púlpito y la plaza: clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- » Fauvet-Berthelot, M.-F., López Luján, L., Guimarães, S. (2007). "Six personnages en quête d'objets. Histoire de la collection archéologique de la Real Expedicion Anticuaria en Nouvelle-Espagne". En *Gradhiva*, 6, 105-126.
- » García, S. (2010). "Los prácticos costeros y los levantamientos hidrográficos en la época del Beagle". En *Anuario IEHS*, 25, 301-324.
- » García, S., Podgorny, I. (2013). "La 'Casa de los Pilotos', las escorias de la Patagonia y el naturalista de la barca inglesa". En Ruiz, R., Puig-Samper, M. Á., Zamudio, G., (eds.), *Darwinismo, biología y Sociedad*, pp. 29-50. México, Doce Calles-UNAM.
- » Gelman, J. (1997). *Un funcionario en busca del Estado: Pedro Andrés García y la cuestión agraria bonaerense, 1810-1822*. Bernal, Universidad de Quilmes.
- » González Beltrán, J. M. (2005). "Un ejército armado de pluma y papel sellado: una aproximación a la burocracia del siglo XVIII". En Aranda Pérez, F. J., *Letrados, juristas y burócratas en la España moderna*, pp. 435-478. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha.
- » Gutiérrez, J. M. (G.) (1835-1836). "Megatherium (Animal desconocido)". En *Museo Americano*, 1, 108-110.
- » Latour, B. (1986). "Visualisation and cognition: Drawing things together". En *Knowledge and Society: Studies in the Sociology of Culture and Present*, 6, 1-40.
- » Lopes, M. M., Varela, A. (2010). "Viagens, tremores e conchas: aspectos da natureza da América em escritos de José Bonifácio de Andrada e Silva, José Hipólito Unanúe e Dámaso Antonio Larrañaga". En *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi. Ciências Humanas*, 5, 227-242.
- » Mañé Garzón, F. (1989). *Villardebó, 1803-1857: primer médico uruguayo*. Montevideo, Academia Nacional de Medicina del Uruguay.
- » Martín, M. H., Paula, A. de, Gutiérrez, R. (1976). *Los ingenieros militares y sus precursores en el desarrollo argentino, 1 (hasta 1930)*. Buenos Aires, Fabricaciones Militares.
- » Milanese, A. (1998). "Il Museo Reale di Napoli al tempo di Giuseppe Bonaparte e di Gioacchino Murat". En *Rivista dell'Istituto Nazionale d'Archeologia e Storia dell'Arte*, Serie 3, 19-20, 345-405.
- » Momigliano, A. (1950). Ancient history and the antiquarian. En *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 13, 3/4, 285-315.
- » Myers, J. (1995). *Orden y virtud: el discurso republicano en el régimen rosista*. Bernal, Universidad de Quilmes.
- » Owen, R. (1861). *Memoir on the Megatherium, or giant ground-sloth of America (Megatherium americanum, Cuvier)*. Londres.
- » Parish, W. (1839). *Buenos Ayres and the provinces of the Rio De La Plata: Their present state, trade, and debt; with some account from original documents of the progress of geographical discovery in those parts of South America during the last sixty years*. Londres, J. Murray, 1839.
- » Pisapia, M. S. (2002). "I mosaici del secondo complesso al Museo Nazionali di Napoli". En Bonifacio, G., Sodo, A. M. *m Stabiae: storia e architettura: 250° anniversario degli scavi di Stabiae 1749-1999*. Roma, Erma di Bretschneider.

- » Podgorny, I. (2001). “El camino de los fósiles. Las colecciones de mamíferos pampeanos en los museos ingleses y franceses”. En *Asclepio* 53, 2, 97-116.
- » Podgorny, I. (2007a). “De ángeles, gigantes y megaterios. Saber, dinero y honor en el intercambio de fósiles de las Provincias del Plata en la primera mitad del siglo XIX”. En Ricardo, S. (ed.), *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*, pp. 125-157. Rosario, Beatriz Viterbo.
- » Podgorny, I. (2007b). “The reliability of the ruins”. En *Journal of Spanish Cultural Studies*, 8 (2), 213-233.
- » Podgorny, I. (2011a). “Fronteras de Papel. Archivos, colecciones y la cuestión de límites en las naciones americanas”. En *Historia Crítica*, vol. 44, 56-79.
- » Podgorny, I. (2011b). “Mercaderes del pasado: Teodoro Vilardebó, Pedro de Angelis y el comercio de huesos y documentos en el Río de la Plata, 1830-1850”. En *Circumscribere. International Journal for the History of Science*, Vol. 9, pp. 29-77.
- » Podgorny, I. (2011c). “Silent and alone. How the ruins of an ancient city found close to Palenque were taught to talk the language of archaeology”. En Lozny, L. (ed.), *Comparative archaeologies. A sociological view of the science of the past*, pp. 527-553. Nueva York, Springer.
- » Podgorny, I. (2012). “De cómo *Mylodon robustus* surgió de los huesos de *Glyptodon*. El comercio de huesos con el Río de la Plata y la sistemática de los mamíferos fósiles en 1840”. En *Revista del Museo de La Plata*, sección Paleontología, Vol. 12, nº 67, 43-64.
- » Podgorny, I. (2013). “Fossil dealers, the practices of comparative anatomy, and British diplomacy in Latin America, 1820-1840”. En *The British Journal for the History of Science*, 46 (4), 647-674.
- » Podgorny, I., Lopes, M. M. (2008). *El desierto en una vitrina. Museos e historia Natural en la Argentina, 1810-1890*. Mexico, Limusa.
- » Pomian, K. (1987). *Collectionneurs, amateurs et curieux. Paris, Venise: XVIe-XVIIIe siècle*. París, Gallimard.
- » Romero, L. A. (1976). *La feliz experiencia (1820-1824)*. Buenos Aires, La Bastilla.
- » Rudwick, M. (2007). *The reconstruction of geohistory in the age of revolution*. Chicago, The University of Chicago Press.
- » Sabor, J. (1995). *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina: ensayo bio-bibliográfico*. Biblioteca Dimensión Argentina, Buenos Aires, Solar.
- » Sazbón, J. I. (1993). “De Angelis difusor de Vico. Examen de un paradigma indiciario”. En *Cuadernos sobre Vico*, 3, 157-186.
- » Schiaffino, R. (1940). *Vida y obra de Teodoro M. Vilardebó (1803-1857). Médico y naturalista. Higienista e historiador*. Montevideo, El Siglo Ilustrado.
- » Sloan, P. (1997). “Le Muséum de Paris vient à Londres”. En Blanckaert, C. et al. (eds.), *Le Muséum au premier siècle de son histoire*, pp. 607-634. París, Muséum National d’Histoire Naturelle.
- » Socolow, S. (1987). *The bureaucrats of Buenos Aires, 1769-1810: Amor al real servicio*. Durham-Londres, Duke University Press.
- » Trelles, M. R. (1882). “El padre fray Manuel de Torres”. En *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, 4, 439-448.

- » Trostiné, R. (1953). *Bacle. Ensayo*. Buenos Aires, Asociación Libreros Anticuarios de la Argentina.
- » Ulrich, J. M. (2006). "Thomas Carlyle, Richard Owen, and the paleontological articulation of the past". En *Journal of Victorian Culture*, 11, 1, 30-58.